

pero encontrar nada parecido hasta que volvamos á reunirnos ahí.

Muy afectuosos recuerdos á lord Jeffrey.

Suyo afectísimo,

T. B. MACAULAY.

*A Mr. Cropper.*

Calcuta, 7 de Diciembre de 1834.

Querida Margarita: Supongo que algunas cartas recientes de Anita te habrán preparado á oír lo que voy á participarte ahora. Ana va á casarse, y con mi más viva y completa aprobación. Bien puedo decir que, si yo hubiese recorrido la India en busca de un marido para ella, no habría encontrado un hombre á quien pudiese confiar su felicidad más seguramente. Trevelyan tiene unos veintiocho años. Se educó en la Cartuja (1), y luego fué á Haileybury, y vino aquí. En este país se ha distinguido sobre todos los hombres de su clase por su talento para los negocios, por sus ideas amplias y liberales en política, y por su mérito literario, que es mucho para sus circunstancias. Primero estuvo colocado en Dehli á las órdenes de Sir Eduardo Colebrooke, hombre muy poderoso y popular, pero extraordinariamente corrompido. Este hombre trató de iniciar á Trevelyan en sus infamias; pero el espíritu del joven era demasiado noble para tales cosas. Cuando sólo tenía veintiún años de edad, acusó públicamente á Sir Eduardo, jefe entonces casi del personal, de recibir presentes de los indígenas. Levantóse una verdadera tempestad contra el acusador. Todos eran denuestos contra él. Pero, con una firmeza y

(1) Es decir: en la célebre escuela londonense, instalada en el edificio que fué antes monasterio de cartujos. (N. DEL T)

habilidad rarisimas en hombre tan joven, presentó sus pruebas, y al cabo de algunas semanas justificó plenamente su acusación. Sir Eduardo perdió su puesto, y ahora vive obscuramente en Inglaterra. El gobierno de aquí y los directores de ahí aplaudieron altamente á Trevelyan; y desde entonces se le mira como hombre llamado á elevarse á la cumbre misma del servicio. Lord Guillermo le dijo que pidiese lo que deseara. Trevelyan contestó que podía hacerse algo por su hermano mayor, que está en el ejército de la Compañía. Lord Guillermo le respondió que había merecido con creces eso y cualquiera otra cosa, y dió al teniente Trevelyan un empleo diplomático muy bueno. Lord Guillermo, hombre que no tiene favoritos, ha dado siempre á Trevelyan las mayores pruebas, no de una ciega parcialidad, sino de una estima profundamente justificada.

No hace mucho nombró á Trevelyan subsecretario de negocios extranjeros, cargo de confianza importantísimo. Desempeñando esas funciones, le encomendó informar al gobierno sobre los derechos de tránsito de la India. Hará cosa de un año quedó terminado el informe. Enviaré á Inglaterra uno ó dos ejemplares de él, porque yo no podría decir nada de su talento ni de su espíritu público que fuese la mitad de satisfactorio. No vacilo en afirmar que el informe es una obra maestra en su género. Acostumbrado como estoy á los negocios públicos, no he leído nunca un documento oficial más excelente. Y no creo que haya, no digo en la India, pero ni en Inglaterra, otro hombre de veintisiete años capaz de escribirle. Trevelyan es un reformista ardentísimo. Lord Guillermo me dijo, antes de que nadie reparase en las atenciones de Trevelyan para con Ana: «Ese hombre se pone

casi siempre en lo justo en toda cuestión; y es un bien, porque da que hacer enormemente cuando se equivoca (1).» Está á la cabeza de los empleados más jóvenes de la Compañía que abogan por las reformas. Es particularmente el alma de todo proyecto destinado á difundir la educación entre los indígenas. Sus lecturas han sido muy limitadas; pero á lo poco que ha leído ha aplicado un espíritu tan activo é infatigable como el de lord Brougham, y mucho más recto y juicioso.

En cuanto á su persona, siempre tiene aires de caballero, particularmente cuando monta. Es muy ágil y atlético, y goza fama de gran maestro en la caza más dramática y peligrosa: en la del jabalí. Su cara tiene una expresión muy notable de ardor ó impetuosidad, que la hace muy interesante para mí. El nacimiento es cosa que no me preocupa nada; pero su familia es una de las más antiguas y mejores de Inglaterra.

Durante los años decisivos de su vida, desde los veinte á los veinticinco sobre poco más ó menos, Trevelyan estuvo en una provincia apartada de la India, donde repartió todo su tiempo entre los negocios públicos y la caza, y donde rara vez vió un caballero europeo, y jamás una señora europea. No habla de frivolidades. Tiene lleno el espíritu de proyectos de mejora moral y política, y su celo se desborda en la conversación. Las materias que toca, aun estando de galanteo, son la navegación de vapor, la educación de los indígenas, la igualación de los derechos del azúcar, la substitución del alfabeto árabe por el latino en lenguas orientales.

(1) Macaulay solía aplicar á su futuro cuñado lo que decía Julio César de su joven amigo Bruto: «*Magni refert hic quid velit. Quidquid volet, valdè volet.*»

Yo vi crecer el sentimiento desde el principio, porque, aunque generalmente no presto la menor atención á estas cosas, me interesaba demasiado profundamente la felicidad de Ana para no observar su proceder con todo el que se fijase mucho en ella. Lo conocí, creo, antes que ella misma; y hubiese podido evitarlo fácilmente sin más que tratar á Trevelyan con un poco de frialdad, porque es un hombre á quien el menor desaire desanimaría completamente. Pero tú comprenderás, mi querida Margarita, que jamás cruzó por mis mientes la idea de tan bajo egoísmo. Tan fácil es que yo pusiese el menor obstáculo á que mi querida Ana encontrase un buen marido como que pensara encerrarla en un convento. Di, pues, á los dos todo género de facilidades y animaciones. Lo que he sentido por mi cuenta, no es menester decirlo. Mi separación de ti me desgarró casi el corazón. Pero cuando me separé de ti, tenía á Ana; tenía á todos mis demás parientes; tenía mis amigos; tenía mi patria. Ahora no tengo nada más que los recursos de mi propio espíritu, y la conciencia de no haber obrado indignamente. Pero no murmuro. De mi pena, sea la que quiera, yo soy el causante. He desatendido las lecciones más elementales de la razón y de la experiencia. He jugado mi felicidad sin calcular las consecuencias de la partida. Me he apoyado en una caña; he edificado sobre arena, y me encuentro como es consiguiente. Debo sufrir mi castigo como pueda; y sobre todo debo cuidar de que el castigo no se extienda más allá de mí.

No cabe más bondad que la que ha tenido Ana. Propone que formemos una familia; y Trevelyan (aunque, como la mayoría de los enamorados, se me figura que preferiría tener su diosa para sí solo) con-

sintió con vivas manifestaciones de placer. El arreglo no es tan extraño como puede parecer ahí. Aquí se hace frecuentemente; y esas querellas entre criados, que dificultarían tal combinación en Inglaterra, no son de temer en una colonia india. Una ventaja de las más indiscutibles tendrá el que vivamos juntos: los dos podremos ahorrar más. Trevelyan tendrá pronto derecho á retirarse; pero se propone no hacer uso de él hasta que yo regrese.

Escribiré á mi padre en un tono muy distinto de éste. A él le pintaré el matrimonio tal y como es en todos sentidos, salvo en lo que atañe á su influencia sobre mis sueños de felicidad: un suceso muy honroso y feliz, conveniente bajo un punto de vista mundano, y nuncio de toda la ventura, que pueden prometer el vivo afecto mutuo, excelentes principios por ambas partes, buenos caracteres, la juventud, la salud y la general aprobación de los amigos. Para mí, es un desenlace trágico de un nudo absurdo. Recuerdo que hace algunos años citaba yo una copla infantil, cuando me dejaste en Londres para juntarte con Ana en Rothley Temple ó en Leamington, no me acuerdo dónde. Esos versos pueriles encierran la historia de mi vida:

There were two birds that sat on a stone;  
One flew away, and there was but one.  
The other flew away, and then there was none;  
And the poor stone was left all alone (1).

Siempre tuyo, mi querida Margarita,

T. B. MACAULAY.

(1) «Había dos pájaros que se posaron en una piedra. Voló el uno y no quedó más que otro. Voló el otro, y ya no hubo ninguno. Y la pobre piedra se quedó completamente sola.» (N. DEL T.)

Merece citarse un trozo de una segunda carta dirigida á la misma persona, por vía de ejemplo de cómo un hombre bueno puede ser incapaz de leer en su corazón, y un hombre sabio de conjeturar su porvenir. «Siento una inclinación creciente á la misantropía y á la desconfianza. Me queda la inteligencia, y creo á veces que ha de absorber á todo el hombre. Conservo aún (no sólo sin merma, sino aumentada por los mismos sucesos que me han privado de toda otra cosa) la sed de saber, la pasión de sostener comercio con los más grandes espíritus de todas las edades y naciones, la facultad de olvidar lo que me rodea y vivir con el pasado, con el porvenir, con lo remoto y lo imaginario. Los libros van siéndolo todo para mí. Si yo pudiera hacer en este momento la elección de mi vida, me enterraría en una de esas inmensas bibliotecas que vimos juntos en las universidades, y no pasaría una sola hora despierto sin un libro delante de mí.» ¡Tan lejos estaba de preveer que, durante los años venideros, pensaría en sí menos que nunca, y más que nunca en los otros, y que su existencia se deslizaría en medio de una brillante atmósfera de felicidad doméstica, que ningún accidente debía anublar en lo sucesivo hasta la hora de su muerte!

Pero, antes de que su vida adquiriese el sesgo sereno y propicio que conservó hasta el fin, le estaba reservada una nueva conmoción. Mucho antes de escribir las últimas cartas á su hermana Margarita, los ojos que debían leerlas se habían cerrado para siempre. El fin de una esposa y una madre tan joven afectó profundamente á todos los que la habían conocido, y á algunos que sólo la conocían de nombre (1). Cuan-

(1) Moultrie compuso á la muerte de Mrs. Cropper algunos versos que los parientes tenían en alta estima. Declara que su

do la triste nueva llegó á la India, los recién casados estaban pasando la luna de miel en una casita del parque que tenía el gobernador general en Barrackpor. Volvieron inmediatamente á Calcuta, y en medio de una gran nube de tristeza (1) empezaron su vida en la casa de su hermano, el cual, por su parte, hizo cuanto pudo por ahogar su pena en olas de trabajo oficial.

Dar cuenta de ese trabajo, bien puede ser la desesperación del biógrafo de Macaulay. Sería imperdonable pasar ligeramente por lo que fué en muchos sentidos el capítulo más honroso de su vida; y, por otro lado, interesar á ingleses en los pormenores de la administración india es una empresa en que han fracasado todas las plumas, excepto la suya. En tal alternativa, lo más seguro es dejar que esa pluma describa por sí propia esos trabajos, ó mejor, la parte de esos trabajos que, concentrando la atención del lector sobre materias afines á las que se discuten frecuentemente en Inglaterra, pueden permitirle juzgar si Macaulay en el Consejo y en la oficina estaba á la altura de Macaulay en el Parlamento y en la biblioteca.

Ejemplos de sus dictámenes (*Minute-writing*) pueden someterse con alguna confianza á la crítica de los que han aprendido, por la experiencia de los negocios

---

poemita es tributo de un extraño á la persona conmemorada.

(1) «Abril, 8. Lichfield. Domingo de Pascua. Terminados los oficios, recorrimos la catedral. Cuando estuve delante de los famosos *Niños* de Chantrey, no pude pensar más que en una cosa: que la última vez que estuve allí, en 1832, mi querida Margarita se hallaba conmigo y estaba muy afectada. No pude contener las lágrimas, y tuve que apartarme de la gente, é irme á pasear solo.»—Diario de Macaulay correspondiente á 1843.

públicos, la diferencia que debe existir entre un dictamen y un despacho, un informe ó una decisión. Su sistema de aplicar principios generales á las circunstancias de un caso especial y de realizar esos principios con los recursos literarios estrictamente indispensables para presentar sus ideas bajo una forma pictórica ante los espíritus á quienes debía convencer, resalta acentuadamente en la serie de escritos con que indujo á sus colegas del Consejo y á sus superiores de Leadenhall Street á abolir la censura atenuada que existía en la India antes de 1835.

«Es difícil concebir medidas más indefendibles que las que propongo derogar. Siempre ha sido costumbre de los gobernantes cautos disfrazar sus disposiciones discrecionales con formas y nombres populares. La conducta del gobierno indio con respecto á la prensa ha sido el reverso de esta máxima obvia y trivial. Los periódicos han disfrutado durante años una libertad práctica tan amplia como la que gozan en Inglaterra. Si de la libertad de discusión nacen algunos inconvenientes, esos inconvenientes existen ya. Y sin embargo, siendo tan liberal é indulgente nuestra política, se nos moteja y critica á diario por la esclavitud en que tenemos á la prensa. Entre los europeos de aquí parece dominar una opinión poderosa sobre este asunto; y las quejas enérgicas que se han formado últimamente podrán producir una gran impresión en el pueblo inglés, el cual verá al punto que la legislación es opresora, sin saber al propio tiempo que es completamente nominal.

»Poner fuertes trabas á la discusión política es una medida comprensible, y en algunos países puede que sea, aunque lo dudo mucho, una medida acertada. Pero no es esta la cuestión. Aquí no se trata de sa-

ber si la prensa ha de ser libre, sino si, siendo libre, ha de llamárselo. Es pura demencia en un gobierno hacerse impopular sin ninguna razón: ser indulgente y disfrazar su indulgencia bajo formas que la atraen el dictamen de tiranía. Sin embargo, esa es ahora nuestra política. Estamos expuestos á todos los peligros—peligros muy exagerados, en mi sentir—de una prensa libre, y al mismo tiempo nos damos trazas para incurrir en todo el oprobio de una censura. Se conviene universalmente en que el sistema de autorizaciones, tal y como ahora se practica, no impide á quien pueda adquirir una imprenta publicar las reflexiones más acerbadas y sarcásticas sobre cualquier medida pública ó cualquier funcionario público. Sin embargo, las solas palabras «licencia de imprimir» suenan odiosamente á los oídos de los ingleses en todas las partes del globo. Es ocioso inquirir si tal sentimiento es razonable, si los peticionarios que tan enérgicamente han sometido este asunto á nuestra consideración no hubiesen demostrado mejor criterio contentándose con su libertad positiva y reservando sus quejas para agravios positivos. La cuestión para nosotros es, no lo que ellos deben hacer, sino lo que nosotros debemos hacer: no si es juicioso que ellos se quejen cuando no sufren ningún perjuicio, sino si es juicioso que nosotros incurramos en una odiosidad no compensada por el menor aumento de seguridad ni de poder.

»Sólo un argumento se ha aducido en defensa del sistema presente. Se admite que la prensa de Bengala goza hace tiempo prácticamente de libertad, y que, á no ser en circunstancias extremas, sería injustificado que el gobierno mermase esa libertad. Pero se dice: pueden venir tales circunstancias, y el gobierno nece-

sita conservar en sus manos la facultad de adoptar las medidas severas, prontas y decisivas que sean indispensables para la conservación del imperio. Pero si pensamos en las amplias facultades de que el Parlamento ha armado al gobernador general en Consejo, y, en casos extremos, al gobernador solo, nos inclinaremos probablemente á conceder poca fuerza á ese argumento. Ningún gobierno del mundo está provisto de medios más eficaces para atajar peligros extraordinarios con precauciones extraordinarias. Cinco personas, que pueden reunirse en media hora, que deliberan secretamente, que no están atadas por ninguna de esas formalidades que en cualquiera otro punto entorpecen las medidas legislativas, pueden en una sola sesión hacer una ley para anular toda prensa en la India. Poseyendo como poseemos la facultad indiscutible de intervenir, siempre que lo demande la seguridad del Estado, con una rapidez y energía avasalladoras, no hay para qué estar desplegando continuamente, en tiempos normales, las formas y exterioridades ofensivas del despotismo ante los ojos de aquellos á quienes permitimos gozar, después de todo, de la esencia de la libertad.»

Transcurrieron diez y ocho meses, durante los cuales la prensa de Calcuta llegó á atacar á Macaulay con un cúmulo y género de calumnias que pocos hombres públicos de ningún país ni tiempo ha sufrido, y ninguno quizá ha perdonado. Hubo muchas mañanas en que le era imposible resignarse á ver diseminados los periódicos por el gabinete de su hermana. El director del periódico, que se llamaba, y tenía derecho á llamarse *El Amigo de la India*, trató de abochornar á sus colegas publicando una colección de sus invectivas; pero muy pronto fué evidente que ningún periódico

dico digno se atrevería á manchar sus páginas reimprimiendo los epítetos y anécdotas con que los literatos de Calcuta agasajaban diariamente á sus colegas de la *Revista de Edimburgo*. Pero Macaulay, con su animoso buen sentido, salió sano y salvo de una prueba que había abatido espíritus de más duro temple que el suyo y amargado existencias tan immaculadas como la de él. Las alusiones contenidas en su correspondencia denotan por su misma rareza y brevedad, que el torrente de maledicencia á que se veía expuesto no alteró su calma ni su felicidad; y la poca mella que hizo en su juicio y en su espíritu público, harto se descubre en el tono de la comunicación dirigida al tribunal de los directores en Septiembre de 1836, y en la cual defiende vehementemente la libertad de la prensa de Calcuta en un tiempo en que los escritores de esa prensa, cuando se dignaban ser decorosos, no encontraban para él calificativos más blandos que los de impostor, estafador y charlatán.

«Siento diferir en este, ó en cualquier otro asunto, de la opinión del honorable tribunal; pero sigo creyendo en conciencia que procedimos cuerdamente al aprobar la ley sobre la cuestión de la prensa, y estoy segurísimo de que procederíamos muy desacertadamente si derogásemos ahora esa ley.

»En primer término, me atrevo á decir que aun personas de las mejor informadas y más discretas que hay ahora aquí exageran considerablemente la importancia de esta cuestión. El honorable tribunal advierte con toda exactitud que muchos de los argumentos que pueden invocarse en favor de la libertad de la prensa en nuestra patria no son aplicables á este país. Pero no es menos cierto, á mi juicio, que difícilmente podrá aplicarse á una prensa como la de la In

dia ninguno de los argumentos empleados en Europa para restringir la libertad de imprenta.

»En Europa, y especialmente en Inglaterra, la prensa es un instrumento de tremendo poder para el bien y para el mal. Los hombres más ilustrados, tras una larga experiencia de la acción saludable y pernicioso de ese influjo, han llegado á la conclusión de que lo preponderante, en resumen, es lo bueno. Pero que frente á ese bien debe ponerse una dosis no despreciable de mal, cosa es que nunca han puesto en duda los más fervientes partidarios de la libertad de discusión.

»En la India la prensa es un instrumento comparativamente débil. Hace mucho menos bien y mucho menos mal que en Europa. A veces presta servicios útiles al público. A veces pone en conocimiento del gobierno males cuya existencia hubiese permanecido ignorada de otra suerte. Es en cierta medida un freno saludable para los funcionarios públicos. Contribuye algo á la pureza de la Administración. A la inversa: desnaturalizando en sus columnas las medidas públicas, y adulando las preocupaciones de los que la sostienen, provocan á veces un ligero grado de excitación en una parte reducidísima de la comunidad.

»Una persona, cuya observación no haya rebasado los límites de las sociedades europeas, no puede comprender fácilmente lo ligera que es esa excitación, aun llegado á su grado máximo, y lo poco que es de temer para el gobierno. En este país es muy pequeño el número de los residentes ingleses, y de ese pequeño número, una gran parte está al servicio del Estado, y se halla interesada muy profundamente en el mantenimiento de las instituciones actuales. Aun aquellos colonos ingleses que no están al servicio del gobierno